

La Lectura



Popular



UNA VISITA

—Ave Maria, Purísima: ¿se puede pasar adelante?

—¿Quién llama?—dice un hombre con voz ronca.

—La pareja de San Vicente de Paúl.

—Adelante, adelante—exclamó una mujer que, por la decision con que hablaba, demostraba ser la solicitante de aquella visita.

Los dos soldados del ejército de Cristo salvan con resolucion y sin méritos aparentes las trincheras que les opone la miseria en forma de un callejon largo, lóbrego y hediondo, y penetran en un tugurio que hubiera sido muy semejante al establo de Belen, si sus moradores, en vez del descreimiento, el cinismo y la desesperacion en que yacian, hubieran antepuesto á sus penas la Fe y la santa Esperanza cristianas.

Una servidumbre de luz casi niega la del cielo á aquel grupo degenerado por sus ideas, y no regenerado por el sufrimiento que tan claro hace ver.

Un pobre á la moderna, un hombre de historia, con catecismo propio para redimir de nuevo á la Humanidad, yace, sin resolver el problema de la felicidad, medio paralítico en sillón desvencijado, resto de las pasadas grandezas. Una hija de diez años y un hijo de dos menos, ambos encanijados y ateridos de frio, de hambre y de miedo á los nervios y á la muleta de su padre, suspiran en un rincón. La mujer, martir solo por las circunstancias, esposa solo por necesidad, y madre tan solo por instinto, es casi un cadáver para lo bello, para lo santo, para el amor.

La estancia, relativa á los moradores. Paredes desconchadas por el abandono y la humedad. Muebles deficientes, cuya posesion está garantida por su mal estado en venta. Trapos, y no muchos, en vez de ropas. De papeles... ni libros, ni oraciones, ni estampas, ni cuadros; tan solo eran de papel un buen fajo de cédulas de empeño y un ejemplar de un periódico inmundo, cuyo título, al alcance de la pareja, deslumbraba á través de la penumbra como los fuegos fatuos en la noche. El devocionario de las familias sin fe!

No habia más.

—¿Ustedes han solicitado el socorro de nuestra Sociedad?—preguntó la pareja despues de saludarles.

—No señor, ni lo queremos—contestó aquel desdichado energúmeno del racio. nalismo.

—Sí señor, sí—interrumpió la mujer, angustiada por la contrariedad.

—Somos la Comision de investigacion enviada por la Conferencia de esta parroquia para juzgar la necesidad de ustedes y proponer, en caso afirmativo, su admision y el socorro.

—Pues miren ustedes. No tenemos nada.

—Tanto que hay en el mundo y tan mal repartido—prorrumpió él.—Pero de aqui—continúa—poco podrá llevarse esa Sociedad político-reaccionaria que se llaman los Paúles.

—Usted estará equivocado ó le habrán engañado, amigo mio. Nosotros no somos socios con ningun fin político, y nuestra santa institucion admite á todos los católicos de buena voluntad, vengán del campo que vengán.

—Entonces ¿por qué han venido ustedes y qué es lo que se proponen?

—Venimos porque nos han llamado, y nos proponemos nuestra santificacion y la de ustedes, si pudiéramos lograrlas. Venimos á mejorar, aprendiendo de ustedes conformidad y resignacion en la pobreza y, si no tienen tales virtudes, venimos á inculcarlas para que con ellas saquen las positivas ventajas que al hombre puede reportar toda tribulacion.

—¡Conque santificacion! Hoy, señores míos, no hay más santificacion que el dinero. Yo, mientras fui rico, fui santo, y hoy soy demonio.

—¿Conque usted fué santo mientras fué rico? ¡Valiente santidad, que no pasará á la posteridad y ha muerto con su dinero! Tampoco es usted demonio; pero permítame que le digamos que parece que este sujeto no anda muy lejos de aqui.

—Ustedes son sacerdotes de levita, esbirros de los otros.

—Nosotros no somos maestros de doctrina, como usted pretende serlo; somos pecadores, con la única diferencia y auto

ridad sobre usted de que queremos ser buenos y amamos nuestra santísima Religión, como única reguladora de la corrupcion de costumbres que asoma y del desbordamiento de ideas que nos ahoga. No somos sacerdotes, pero quisiéramos ser apóstoles de la verdad, y... hemos hablado de religion, porque usted ha empezado hostilizándola. Queremos practicarla más que hablarla; y en prueba de ello, venimos á decirle, ahora que padece, que somos verdaderos amigos de usted.

—¿Cómo! Hablemos, que me gusta.

—Hablemos cuanto usted quiera; pero antes vaya una pregunta: ¿Han comido ustedes hoy?

—Nada. Ni tenemos con qué.

—Pues bien; mientras nosotros hablamos, vaya usted, señora, á tal y tal y tal parte, por carne, arroz y pan, que darán á usted presentando estos bonos como dádiva extraordinaria de la Conferencia, y que ha propuesto nuestro Presidente, conociendo la gravedad de su situación y la urgencia del caso. Sólo por esto; pues en la visita de investigacion no se dan bonos.

—Muchas gracias.

—A nosotros, no. A Dios, que en su nombre venimos.

—¿De veras? A los que tienen dinero les conviene que haya Dios. Mientras yo lo tuve, creía en un Ser, autor de la naturaleza. Hoy soy ateo.

—¡Si ateos no hay! Querrá usted serlo, y como quiere y no puede, se empeña en demostrarlo.

—Yo no puedo creer en un Dios que haga verdugos y víctimas. Entonces sería yo víctima de Dios.

—Usted es víctima de sí mismo, del Dios que se ha entronizado en su desviada y ofuscada razon. Usted siente á Dios; y no le ama porque le teme, y al temerle quisiera que no existiera; y no pudiendo usted quitarse el peso de su justicia que le persigue y que le abruma, más aún que la miseria en que se ve envuelto, busca usted el falso consuelo del descreído, esa otra fuerza sobrenatural que hay en el mundo, esos periódicos concebidos en el infierno, como el que usted tiene sobre esa mesa, redactados por sectarios fanáticos.

cos y neuróticos de Satanás, periódicos que odian á Dios, que alientan el descreimiento, la impiedad y la herejía con el sofisma y con la satisfacción de la vanidad y la soberbia en personas que por tener la fe tibia ó muerta, como usted, están pre-dispuestas á la rebelión de toda autoridad divina y humana. Sí señor; por eso busca usted ese periódico, ¡devocionario de las familias sin fe!, porque le consuela con la esperanza de flamante redención que convertiría en héroes á los criminales, y en caos la ley. De esas ideas es usted víctima, y no de Dios, á quien solo debe usted bendecir y adorar.

—Jamás hombre alguno me ha hablado de esta manera.

—Usted es libre para hacer lo que quiera; nosotros no imponemos nuestra voluntad; puede escucharnos ó despedirnos. Nuestra misión es de caridad.

—No se marchen ustedes, porque también es cierto que estoy sintiendo lo que nunca sentí.

—Porque no ha querido usted, y porque no ha querido Dios, todo misericordia, antes de condenarle el envía la medicina más eficaz para las enfermedades del alma de todas las medicinas: la tribulación la enfermedad, la pobreza. Sobre unas pagas en el establo de Belén comenzó la verdadera redención de los hombres, y sobre cruz de ignominia se consumó. Usted es pobre; ahora está usted más cerca de Dios, que vino pobre y mártir á ennoblecer la pobreza, á consolar al que sufre. ¿No le mueve á usted esto? Nosotros poco valemos; pero si no fuera por Dios, y por lo que le debemos, ¿vendríamos aquí á consolarle? ¿á chupar su miseria? ¿á sorber sus lágrimas? ¿Qué méritos ha hecho usted con los socios de San Vicente de Paúl, si personalmente no le conocemos? No le convence esta consideración? Por otra parte, aquellos amigos que le lisongeaban cuando usted era rico, ¿vienen ahora? Escógen otros señores que le descatolizaban y le vendían fraternidad entablando con usted ciertos lazos, vínculos y deberes que hacían otra religión de observancia, ¿por qué le volvieron la espalda? ¡Ah! ¡Para el mundo la pobreza es un pecado social! ¿Por qué no están aquí ahora esos señores?

—¡Es verdad!

—¿Por qué no sintió, cuando rico, lo que siente ahora pobre?

—¡¡Porque no empleé bien mis riquezas!!!—dijo el pobre rompiendo á llorar.

—¡Hermosa confesión! ¡Bueno! ¡Basta! Aun puede usted ser rico de virtud, de dicha y hasta de dinero. Venid aquí, chiquitines. Tomad estas estampitas del Niño Jesús y de la Santísima Virgen. Pedid-

les que os hagan buenos y las dais á besar á vuestros papás cuando padezcan. Dadme un beso. ¿Cómo os llamáis?

—Conchita.

—Ángel.

—¡Bonitos y oportunos nombres! Vais á ser los ángeles de la casa. Abrazad á vuestro papá y prometedle que seréis buenos, y que le querréis mucho, y á la pobrecita mamá también, ¿no es verdad?

—Sí, pero que no nos asuste todos los días diciendo que se matará.

—No tengáis cuidado: ni se ha muerto ni se matará; porque, sin darse cuenta, aún temía á Dios. Ahora hay que amarle, conocerle y practicar su santa Ley. ¡Bien, amigo mío, muy bien! Llore usted y no se contenga; que funcione el corazón á los golpes inefables de contrición y naciente piedad. ¡Llore usted, que las lágrimas santifican! Acepte esas pobreza y esas penas como castigo saludable y regenerador, y cogiéndolas bien, como suyas, vaya mereciendo con ellas. Ensanche usted el pecho llenándolo de santa confianza, y observe que, el que le ha consolado y favorecido siendo usted ingrato, le ha de asistir mucho más arrepentido. Tendrá usted que padecer mucho rompiendo de cuajo las raíces de cizaña muy prendidas en su empedernido corazón; pero á grandes males, grandes remedios. Ya no más maldiciones. Ya no más blasfemias. Ya no más fatalismos ni explosiones de ira, ni amenazas, jugo letal para hacer de estos ángeles demonios; ejemplo y semilla funestos, que dan por fruto el escepticismo y la incredulidad fuente de todo lo malo. Y puesto que esos amigos del mundo que le hicieron á usted antipática y odiosa nuestra Religión, que, observada, basta ella sola para hacer del mundo un paraíso; puesto que esos amigos le han abandonado cuando padece, abandónelos y olvidelos usted también y huya de su influencia, quitando ocasiones y leña de ese fuego que le consumía. Y puesto también que hasta hoy tan sólo ha leído usted teorías disolventes é impías como ese papel que nos quema los ojos...

—Yo prometo solemnemente, porque me nace y así lo siento, que ya no verán ustedes en mi casa más papeles de esta clase—interrumpió el pobre, haciendo trizas el periódico.

—Perfectamente: ya conocerá usted los efectos de esa promesa cumplida. Y si la lectura le distrae, ya vendrán por esta casa algunos libros que la tienen sana y provechosa. En el interín, quédese usted este número de la *Lectura Popular*, periódico escrito para la clase que padece. Si no le gusta, lo deja; mas, si le place, siga usted sus máximas y doctrina. La

pareja que vendrá, también dará á usted consejos oportunos para coronar una vida paciente y virtuosa el golpe de gracia que Dios ha dado hoy á su dormido corazón. No se acobarde usted, por más penas que tenga; pues dicen vulgarmente, y es exacto, que Dios aprieta y no ahoga. Sean ustedes buenos, y no les abandonará su Providencia, aunque les pruebe. Toda la Conferencia le buscará á usted trabajo en casa para que atienda á lo más preciso. Buscaremos limosnas de alguna testamentaria para que pueda usted ir como pobre á algún establecimiento de aguas termales para curar ese reuma que empieza. Vendrán asimismo la semana próxima dos trajecitos, para que esos niños puedan ir al asilo inmediato. En el entretanto, enséñeles usted el Catecismo...y á buscar la dicha relativa, única que cabe en este mundo tan sembrado de penas, que es deseable que se cumpla en nosotros ante todo, y por encima de todo, la voluntad de Dios.

—¿Cómo he de pagar á ustedes tanto bien? Perdon, perdon les pido por lo mal que había conceptuado á la Sociedad á que ustedes pertenecen. Pobre enfermo y desgraciado soy; así y todo, más felicidad me ha dado un cuarto de hora de Paules que todas mis riquezas y treinta y cinco años de incesante anhelo en ser dichoso. Estoy á la disposición de ustedes con alma y vida. Toda esta familia seguirá sus consejos. ¿Cómo les he de pagar tanto bien?

—Lo dicho. Des haciendo el mal que ha hecho, y probando á cumplir la ley de Dios con espíritu de sumisión y sacrificio intención recta y buena voluntad. Con tales auspicios preparado, respondemos á usted, cuanto somos y valemos, que muy pronto confesará usted ante la faz del mundo que no hay otra ciencia ni camino como el Catolicismo práctico para hacer al hombre héroe y santo. Esa es la paga que queremos; porque la causa de usted y la nuestra son idénticas. Somos hermanos. La vida es tránsito y merecimiento de otro mundo mejor. Al Cielo vamos y en el Cielo nos hemos de ver.

Manuel Aparici de Orellana

EL TESORO ESCONDIDO

Un padre muy pobre, al tiempo de morir llamó á sus hijos y bendiciéndoles por última vez les dijo: «Hijos míos, voy á espirar pero antes quiero des cubrir un tesoro oculto que guardo hace años para hacer vuestra felicidad.

—¿Dónde este? preguntaron los hijos con ansiedad.

—En tal parte. Y el padre señaló el sitio. Murió el padre y los hijos acudieron presurosos a desenterrar el tesoro. Mas ¡cual no será su sorpresa al encontrar, en vez del oro que esperaban, solo un legajo de papeles. Hubo quien trató de quemarlos sin leerlos siquiera; por los otros hijos, mas prudentes, quisieron ver lo que contenían y desplegándolos leyeron lo siguiente.

LA PACIENCIA es el mayor tesoro del mundo

Todos tenemos constantemente necesidad de paciencia, porque todo la ejercita en la tierra. Lo mismo que el Apóstol, sufrimos pruebas y peligros en los viajes, en los ríos, entre los nuestros, en las ciudades en la soledad y por parte de los falsos hermanos. (I Cor. 11.) El mundo es un lugar de destierro, una tierra cubierta de malezas y espinas, habitada por las lágrimas, las miserias, las enfermedades y la muerte. Todos los hijos de Adán son llamados a sufrir, y de aquí, que todos sin excepción necesiten la paciencia.

Mira, decía San Jerónimo mira a todos los justos, desde Abel hasta hoy, y todos han sufrido para conseguir el cielo. «Esta es la voluntad del Señor y hay que acatarla, si es que queremos el premio reservado a los que sufren.

La paciencia es excelente

«Así como el arca de Noé se levantaba a medida que crecían las aguas del diluvio, el alma que sufre con paciencia, se eleva a medida que crecen las tribulaciones.» Así habla Gerson. Por eso podemos repetir con el cardenal Belarmino, «que vale más una onza de paciencia, que una libra de victoria.» «Aquel cuya paciencia no puede ser vencida, enseña Buda, prueba, que es perfecto;» Y antes había dicho el apóstol Santiago: la paciencia produce una obra perfecta:

Estan excelente esta virtud que nos hace perfectos de mil maneras. En primer lugar, sufriendo todo y perseverando hasta el fin, la paciencia dota al hombre de virtudes consumadas, y además las conserva. Puede compararse al techo de los edificios, que libra del calor y del frío a sus habitantes; a los sacos de lana en que se embotan las bajas del cañón. No hay virtud sin la paciencia, puesto que las virtudes son resultado de ciertas pruebas, que sólo la paciencia supera. En segundo lugar, la paciencia ayuda al hombre para llegar al fin de su carrera y alcanzar el premio de la vida. La paciencia de que habla el apóstol Santiago, es la perseverancia en los sufrimientos; y ésta es la que produce la obra perfecta.

Es además un escudo, un casco que rechaza todos los dardos de las pasiones, y de los enemigos de la salvación. Aleja todos los males, une los bienes opuestos, y todo lo vence alcanzando al alma dulce paz. El hombre paciente es dueño de sí mismo y de sus

afectos. Así lo dice el mismo Jesucristo: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas*. Bienaventurados los pacientes y los mansos, porque ellos poseerán la tierra! nos añade por San Mateo. Se dice, observa Santo Tomás (2, 2, q. 136, art. 2), se dice que el hombre será dueño del alma con la paciencia, porque esta virtud destruye completamente las pasiones que nos hacen desgraciados; como la tristeza, la ira, la envidia, la venganza, etc.; pasiones todas que destruyen el alma.

No son estas solas sus excelencias. Nada falta al que tiene paciencia. Ella suple a todo lo que falta, y conduce insensiblemente a un alto grado de santidad, lo cual hace decir a San Gregorio: *La paciencia es raíz y guarda de todas las virtudes*. Es raíz y custodia de todas las virtudes, porque las adversidades sufridas por la paciencia ahogan el amor propio, causa, de toda imperfección y de todo mal. La paciencia nos hace perfectos, porque, semejante al tronco del árbol que sustenta las ramas, las hojas, las flores y los frutos, ella sustenta todo el peso del hombre y de sus virtudes; todo lo más pesado de la vida, las contradicciones, las penas, los sufrimientos. No es extraño que enseñe San Clemente de Alejandría, que la paciencia proporciona todos los bienes. (Homil. 1.)

San Agustín compara la paciencia a un harpa, cuyas armoniosas cuerdas son las tribulaciones. En efecto, dice, todo acto de paciencia es un himno agradable a Dios, y romperéis el harpa si os dejáis abatir por las contradicciones. *Si autem in ipsis tribulationibus defeceris, citharam prejisti*. Es propio, dice Seneca, en un corazón grande, estar tranquilo y despreciar las injurias y las ofensas. Y antes había dicho el sabio: que el justo no se entristece por ningún suceso.

Santo Tomás enseña que en Jesucristo y los justos la tristeza ha consistido en prever y sentir los males, pero no en turbarse por ellos, (II. 2, g. 136, art. 2), y San Gregorio había dicho que la victoria que conquista las ciudades, es menos grande que la que conseguimos nosotros con la paciencia. En efecto, en el primer caso, se somete un poder exterior, en tanto que en el segundo, el alma se subyuga a sí misma. Es cierto que se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer acciones brillantes.

Últimamente, puede asegurarse que la paciencia, en todos los casos, es la señal característica de un alma grande. La parte superior del mundo, la más hermosa, es el firmamento, que no está en tinieblas, ni agitado por las tempestades: no conoce la agitación, puesto que el rayo se forma en regiones inferiores. El alma que sabe sufrir, es bella, grande, elevada; y se mantiene cerca del deslumbrante sol de la eternidad. En una palabra la paciencia es un verdadero poder, a la par que la impaciencia es la impotencia y la debilidad. Es tan excelente, que nos

hace semejantes a Jesucristo.

Ventajas de la paciencia

«Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra.» Así habla el Señor por San Mateo (v. 4). Poseerán las riquezas de la tierra, porque nadie piensa en suscitarles disgustos; se contenta con lo poco que posee y eso equivale a una fortuna. Y esta tierra que promete el Señor a los pacientes, entiende San Bernardo, ser el cuerpo y alma que ellos gobiernan con la paciencia! Ella, dice Tertuliano, protege la fe, gobierna la paz, ayuda la caridad, se enseorea de los sentidos, refrena la lengua, detiene la mano, desprecia las tentaciones, aleja los escándalos y consume el martirio.

Hijo mío, decía San Basilio a un hijo espiritual, procura adquirir paciencia para llegar pronto a la cima de la perfección. Por haber guardado mi palabra de paciencia, dice el Señor al ángel de Filadelfia en el Apocalipsis, yo te guardaré también en la hora de la prueba (III, 10). Y el Sabio había dicho en los proverbios: la paciencia es una gran sabiduría, mientras que el hombre, arrebatado, proclama su locura. ¿Y qué cosa más ventajosa y admirable que esta virtud, os diré con San Efrén? Está siempre alegre, tiene su esperanza en Dios, no se irrita, no insulta a nadie. Si le dan una orden, obedece; si le vituperan, no se queja. Estudiad la vida de los apóstoles, contemplad los mártires, y veréis patente la verdad.

¿Y quién será capaz de enumerar las ventajas de la paciencia? El hombre paciente es dueño de la ira y el impaciente su esclavo, y callando el hombre paciente vence su ira y la ira del prójimo; con su dulzura y moderación comunica a los demás su paciencia. Pero el hombre arrebatado provoca las querellas; aunque no lo dijera el Sabio, harto elocuentemente lo dice la experiencia.

Tres inapreciables tesoros quita la impaciencia: la gravedad, la cordura y la paz. Por esto, dijo el poeta: que la paciencia era reina del mundo.

Es celebrada en todas partes la victoria de José, que con tanto valor sufrió la adversidad. La paciencia le sacó triunfante de los lazos que le armaran sus hermanos y una mujer impúdica. Job quedó vencedor del demonio, de los insultos de su mujer y de los ultrajes de sus amigos. Y con su paciencia, fué más fuerte que Sansón, vencedor de los filisteos. Más fuerte se manifestó David triunfando de Saul con su paciencia, que venciendo a Goliath. Con razón, dijo Seneca: Las tribulaciones nos acosan: si son débiles, sufrámoslas y la paciencia las dulcificará; si son grandes, sufrámoslas también, y nuestra gloria no tendrá medida.

Por último, oigamos al elocuente San Cipriano. (*Libro de bono patientia*.) La paciencia nos recomienda a Dios y nos conserva para Dios. Ella templó la ira, refrena la lengua, gobierna el alma, conserva la paz, reprime la explosión del orgullo, apaga el fuego del odio, pone límites al poder de los

ricos, auxilia á los pobres, hace humildes á los que prosperan, fuertes á los que están en la desgracia, vence las tentaciones, sufre las persecuciones y conduce á la victoria con los sufrimientos y el martirio,

Ya habéis visto, hijos míos, la excelencia de la paciencia y sus ventajas. Repetid ahora aquellas hermosas palabras de Tertuliano: «Seré paciente en todas las cosas, pues, de otra suerte, mi impaciencia sería mi verdugo.»

Job en su muladar, Abraham probado, José vendido, David perseguido, Tobías ciego, Daniel con los leones, Susana calumniada, Lázaro con úlceras, sean vuestros modelos.

¿Qué importa que suframos si al fin hemos de triunfar?

Y si la paciencia os dá el triunfo ¿queréis mas tesoro?

Con el oro se condenan muchos, con la santa paciencia nadie; cual de los dos tesoros es mejor?

Cuando los hijos del difunto acabaron de leer, bajaron la cabeza, pero uno de ellos, protestando, dijo que no estaba conforme con aquella clase de tesoros y que gustaba de otros mas positivos.

Algunos años después, metido en empresas nada limpias logró hacerse rico, pero con todas sus riquezas, habiendo caído en una enfermedad incurable se desesperó y se pegó un tiro.

Los hermanos en cambio vivieron siempre en una modesta medianía; con su trabajo adquirieron lo suficiente para vivir y educar á su familia y cuando les llegó su hora, después de llevar las penalidades de la vida con paciencia, murieron como habían vivido, en paz y gracia de Dios.

El tesoro de la paciencia resultó de más valor que el del dinero.

NOTA.—El preciosísimo discurso sobre la paciencia que hemos insertado en el anterior trabajo está tomado de una plática de la revista titulada *La Voz del Púlpito* y es debido á la pluma de su director nuestro querido amigo D. José Banzo Presbítero.

Obra de titanes

Oigan los católicos españoles lo que puede el celo y la constancia cristianas armados con el arma del periodismo que hoy esgrime Lucifer y que el Soberano Pontífice nos manda arrebatarse de las manos, para defender nuestra fé y la vida moral y material de nuestros hijos.

Dice *La Ciudad de Dios*.

«En una población francesa enriquecida con dos mil cuatrocientos cafés y tabernas, pasaban el tiempo alegremente los innumerables parroquianos que á diario desplegaban las alas de su ingenio, exponiendo la doctrina que entre copa y copa bebían también en la fuente ponzoñosa de los periódicos

satánicos, unánimes todos en burlarse de las cosas más santas y respetables. Todos eran allí doctores, todos tenían sobrada razón, pues nadie contestaba á sus argumentos. Uno de los sacerdotes de la ciudad, no pudiendo ver con paciencia á tantos desdichados escarnecer la fé que no conocían, acudió á los Padres Agustinos pidiéndoles un correctivo para tantos males.

Cuatro mil números de *La Croix* salieron después diariamente para la población infestada: se ofreció crecida suma de dinero á los vendedores, y gratuitamente fué ofrecida *La Croix*, á los dos mil cuatrocientos establecimientos públicos. Cuatro rechazaron la proposición; pero no tardaron en seguir el ejemplo de los demás. Al principio miraban con temor el periódico. «evidentemente clerical», cual si se creyeran rebajados al tomarlo en las manos; lo rechazaban otros con desprecio, como indignos de figurar en tales lugares; pero no faltaron parroquianos que rápidamente pasaron la vista por las columnas del «atrevido», engolfándose después en otras. Poco á poco fué desapareciendo la timidez, que en muchos obedecía únicamente al miedo del que dirán, y *La Croix* llegó por fin, á dominarlo todo, siendo ella la primera en captivar el gusto de aquellos á quienes se juzgaba incapaces de leerla una sola vez.

Duró muchos meses esta experiencia tan beneficiosa para la ciudad; pero, desgraciadamente, fué preciso retirar los números gratis, por falta de recursos materiales. Sin embargo, la semilla sembrada dió su fruto. Algunos cafés pidieron cierto número de suscripciones para acceder al deseo de los parroquianos; muchos de los particulares pidieron ser inscritos entre los abonados de *La Croix*, que fué adquiriendo prosélitos en todos los partidos políticos.

Los padres Agustinos continuaron su misión pacificadora, llevando la tranquilidad á muchas familias. Personas piadosas, que sabían sacrificarse por la caridad, introdujeron el periódico en las casas de sus amigos, ofreciéndoselo gratuitamente al principio, exigiéndoles después solo una parte de la suscripción, y consiguiendo por fin que la pagaran íntegra. Es cierto que los Agustinos no podían desarrollar su programa tan rápidamente como hubieran deseado; pero Dios, que nunca olvida los sacrificios que por El se hacen, reavivó la caridad en el alma de muchos católicos acaudalados, que se desprendían de sus intereses en obsequio de una obra tan beneficiosa.

En fin tal ha sido la aceptación de *La Croix*, que hoy día cuenta más de cien suplementos en provincias, destinados á la publicación de las noticias locales que no pueden incluirse en *La Croix* de París. Su Santidad Leon XIII tiene en tal estima el periódico redactado por los Agustinos, que no cesa de recomendar su lectura y bendecir á cuantos contribuyen á su propagación.

El incremento de las obras de los Padres Agustinos franceses ha hecho necesaria la construcción de una nueva casa que lleva el nombre de *La Buena Prensa*. De ella salen las publicaciones que á continuación se expresan.

La Croix, 180,000 ejemplares (diaria)
La Croix du Dimanche, 304,000 (semanal)
La Croix de Paris, suplemento para la capital de Francia (31,000).
Le Supplément illustré, para el lunes (34,000).
Le Pèlerin, 72,000 (semanal ilustrado).
La Vie des Saints, 251,000 (semanal ilustrado).
Le Cosmos, 32,000 (semanal).
Les Questions actuelles, 6,500 (semanal).
Les contemporains, 29,000. Semanal.
Les Saints, (mensual). Publica la vida de

un Santo para cada día de la semana.

La Croix des Comités.
La Correspondance aux suppléments.
Le Journal minuscule.
Les Souvenirs.
Les Missions d'Orient.
Echos de Notre-Dame de France á Jérusalem.
Le Bulletin de Notre Dame du Salut.
L'action sociale catholique.
Les Chroniques de la maison de la Bonne Presse.

Esto lo sostienen un puñado de religiosos auxiliados por los católicos franceses.

Y los católicos españoles ¿que hacemos?

Leer *El Imparcial*.

Que es un periódico muy honrado como puede verse por el siguiente anuncio que publicó hace algunos días.

Un caballero aficionado á giras campestres desea señorita agradable para acompañarle. Lista de correos, iniciales M. B. cédula núm. 472.

¡Oh! que cuentas habrá de ajustar con Dios nuestra tibieza cuando llegue el día de la liquidación universal.

NOTAS SUELTAS

De toda gloria alcanzada

¿Qué le queda al hombre? Nada.

Sólo la tumba en que yace,

Y ésa la tiene alcanzada,

Sin luchar, desde que nace.

¡Muerte! Tu equidad alabo,

Que en tu regazo profundo,

Lo mismo pesan al cabo

Las cenizas de un esclavo

Que las de un dueño del mundo.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción. 4 pesetas mensuales.
Media id. 2 " "
Un cuarto id. 1 " "
Un octavo id. 0'50 "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.